

# EL GRIEGO Y LA MEDICINA

Por MANUEL RABANAL ALVAREZ  
(Catedrático del Instituto masculino de Santiago)

ENTRE las conclusiones del II Congreso Nacional de Estudios Clásicos figuraba una que pudiera parecer extraña: la de solicitar del Estado que el Curso preuniversitario que tiene como materias específicas las lenguas clásicas—más concretamente: los estudios medios con griego—sirviera, a voluntad, para ingresar también en las Facultades de Medicina.

Por presumir el articulista de precursor de tales deseos ahora oficialmente proclamados; y por tener constancia de que la formulación corporativa de los mismos ha sido acogida con sorpresa, no exenta de perfiles irónicos, por ciertos, siempre respetables, sectores sociales, pide permiso para acudir desde aquí en auxilio de tan desamparada proposición. Y nada mejor, a tal fin, que recordar algo de lo mucho y bueno que, hace ya algún tiempo, tuve ocasión de oír de labios de un ilustre clínico gallego al que hubo de plantear la misma cuestión—el griego como bagaje cultural para estudiar Medicina—que ahora llega a clamor.

Del doctor Domingo García-Sabell, que fue mi amable entrevistado, podrían decir cosas importantes, colegas de tanto prestigio como Lain Entralgo, López Ibor, o Ruf Carballo. El periodista no dirá nada. Por esta vez no habrá semblanza previa en el coloquio. El lector tendrá que reconocer al árbol por sus frutos, y al entrevistado no por su personalidad, sino por sus palabras. Después, podrá juzgar libremente sobre el opinante y lo opinado.

—¿Le parece a usted—comenzábamos preguntando a García-Sabell—útil para el estudio de la Medicina un siquiera elemental conocimiento de la Lengua Griega?

—Desde luego. Y cuanto más a fondo sea posible conocer la Lengua Griega, mejor. Los beneficios no son sólo teóricos sino, incluso, prácticos. Esto, a primera vista, podrá parecer extraño, pero es una realidad innegable apoyada en centenares de valiosos y extraordinarios ejemplos.

»Nosotros, los médicos, maneamos conocimientos y saberes—digámoslo así, brevemente, sin mayores precisiones—que ofrecen dos caras: una puramente técnica, de aplicación práctica muy concreta, y otra conceptual, ideativa. Esta forma como la base de la primera y va plasmando, lenta y dificultosamente, en vocablos que pretenden dar la esencia misma de la idea a la cual sirven de soporte. Si estos vocablos no son asimilados en su significación última—aquella para la que fueron elegidos por el autor de la teoría o por el descubridor del hecho nuevo—entonces todo el armazón doctrinal corre el riesgo de perder nitidez, de enturbiarse y dar así origen, automáticamente, a una de las más terribles plagas de la Medicina de nuestro tiempo: el equivoco. En varias y a veces decisivas ocasiones ha quedado estancada la Investigación, o entró en esterilizante vía muerta, a causa de un mal entendido inicial. Por eso en lo nuestro es donde adquiere mayor fuerza el aserto, tantas veces repetido, de que la Ciencia no es, en último análisis, más que una nomenclatura, una cerrada, difícil y ceñida nomenclatura. Y la Medicina ha creado y crea su propio lenguaje, utilizando, con amorosa predilección, el griego...

—¿Considera, querido doctor, que dicho conocimiento puede ser eficientemente sustituido por el uso de un simple diccionario de tecnicismos científicos?

—No. El diccionario de tecnicismos científicos da el equivalente en romance de la voz o la locución griegas. Pero no añade, no puede añadir, todo el matiz, todo el caudal significativo del vocablo mismo, sus posibilidades, su virtual despliegue, que es casi siempre el motivo—consciente o no—por el que fue elegido.

»Un ejemplo práctico: Cuando V. Monakow y Mourgue lanzaron su gran libro, fundamental para el estudio de la Neurología, tuvieron que echar mano de ciertas palabras griegas, verbigracia: «klisis» y «ekklisis». Un diccionario especializado—y los hay excelentes—sólo puede traducirlas por «atracción» o «simpatía», de un lado, y «repulsión» o «antipatía», de otro. Mas acontece que los dos grandes médicos acuñaban aquellas voces para huir del psicologismo y la borrosidad que «simpatía» o «repulsión» portan consigo. Y entonces, al consultar el diccionario, el equivoco surgirá fácilmente en el no familiarizado con un mínimo conocimiento

de la Lengua Griega. Que es, justamente, lo que Monakow y Mourgue trataban de evitar. Imagínese, amigo Rabanal, lo que puede ocurrir si no se compensa aquella ignorancia—difícil, excepcional compensación—con un gran rigor mental y una decidida, yo diría dramática, vocación de claridad.

Por eso nunca es vivo el trato casi matemático (tal palabra «es igual» a tal otra) de los vocabularios técnicos.

—¿Demuestran conocer el griego los autores de los buenos libros sobre Medicina publicados en el extranjero?

—En una forma muchas veces asombrosa. Un libro «médico» de Frankl se titula «Logos und Existenz». La última obra de Jung, «Aion». Y no se trata, en verdad, de teorizantes más o menos irresponsables y ajenos a la formación mecanicista clásica de las grandes escuelas médicas europeas. Ahí están Jaspers, que al examinarse con el gran anatómico Merkel, y preguntarle ésta sobre la textura de la médula espinal, contestó describiendo uno por uno los métodos que se emplean para su estudio e investigación y los diversos resultados obtenidos. Y Jaspers, héroe de esta hazaña del espíritu científico-natural, fue, más tarde, con todo su prestigio, un formidable propulsor de la nueva y vieja, y fecunda tendencia médica que maneja y conoce la Lengua Griega con hondura extraordinaria.

»Otro caso digno de meditarse es el del vocablo «alergia». Lanzado por V. Pirquet en 1906 para delimitar intelectualmente un fenómeno clínico entonces sorprendente, ha ido ampliando su vigencia en tal grado, que hoy, a poco más de cincuenta años, puede decirse, quizá con algo de exageración, pero sin grave escándalo, que la alergia encierra en sí todo un nuevo concepto médico del mundo. Sin duda, esa desorbitación doctrinal es abusiva, pero no nos sorprendería tanto, «y hasta podríamos salirle al paso», si conociéramos yuviésemos en cuenta la fabulosa riqueza semántica de la voz griega «ergueia», que V. Piquet, buen catador en estos problemas—y su inaugural trabajo en la Münch. Med. Woch.—, eligiera con profética visión. Y éste es, además, un buen paradigma y una provechosa advertencia de cómo y hasta dónde el lenguaje puede arrastrar tras de sí a la teoría, y la palabra a la idea. Podría citarles muchísimos ejemplos más.

—¿Está totalmente liquidada, inservible como quien dice, la sabiduría médica de las escuelas griegas clásicas y greco-romanas?

—No sólo no está liquidada, sino que se vuelve a ella con interés creciente. De una parte tenemos la revisión, a la luz de las ideas actuales, de viejos conceptos de la Medicina helénica y greco-romana. En particular, de la Medicina hipocrática. Mencionaré las recientes y ejemplares polémicas sobre el sentido clínico de «eldos»—con Jaensch al fondo—, de «physis», de «diacrasia»; el análisis de la «causa», partiendo de la «aitia» griega, la novísima valoración y enfoque histórico médico de Galeno (García-Sabell me remite en este punto a varias obras de Diepgen, de cuya cita hago gracia al lector), otras tantas señales de una renovada vivencia científica de la antigüedad, quizá ahora más fecunda que nunca.

»Por otra parte, el neo-hipocratismo moderno tiene un hondo sentido histórico y «está íntimamente engarzado» con algunos extraordinarios descubrimientos prácticos de nuestros días...

—¿Si usted, doctor, con su bagaje científico y su experiencia profesional, tuviera hoy que hacer un nuevo Bachillerato, desearia que entre las disciplinas a cursar figurara el griego?

—Desde luego. Y prácticamente yo he ido a buscar el aprendizaje del griego, que la enseñanza oficial no me dio y mis estudios hacían necesario. Usted mismo, profesor Rabanal, es al respecto testigo de mayor excepción.

A partir de aquí, mi coloquio con el doctor García-Sabell entraba en un terreno más personal y concreto, que sería largo de contar. Mas estimo que sólo con lo contado hay más que suficiente para que los escépticos y los irónicos respecto a la actualísima demanda del griego como opción posible para acceder a las Facultades de Medicina, caigan un poco en la cuenta de que no se trata de un sueño de interesados o una aspiración de anacrónicos dómínes, sino de algo de peso que, por europeidad y patriotismo, debemos aprestarnos a meditar muy seriamente.